

Enigma o polémica

La prematura muerte de uno de los hijos del escritor, poeta y dramaturgo inglés William Shakespeare, es del interés de Alina Socarrás, de La Habana

La escasez de datos biográficos íntegros del escritor –el más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal (1564-1616)–, ha sustentado, desde siglos atrás, un sinfín de especulaciones. Incluso existen supuestas leyendas alrededor del genial de Stratford-upon-Avon, Reino Unido.

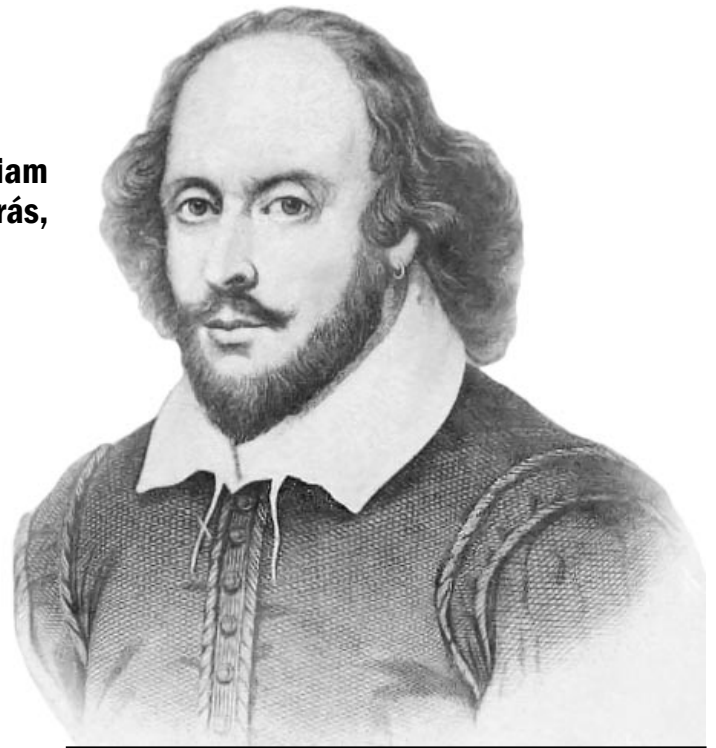
Los comentarios alcanzan su orientación sexual, la autoría de sus obras –imputadas repetidamente al célebre filósofo, político, abogado y escritor inglés Francis Bacon, a Christopher Marlowe, dramaturgo, poeta, traductor inglés; al conde, cortesano, autor teatral, también poeta de Oxford, Edward de Vere y a otro grupo de escritores– y hasta se ha cuestionado su identidad o existencia, esbozando la posibilidad de que detrás de su nombre estuviera una mujer.

Sin embargo, se sabe por documentos de época e igualmente posteriores, que el bardo inglés se casó en el año 1582 con la también inglesa Anne Hathaway, ocho años mayor que él. De esa unión nacieron tres hijos: Susanna (1583-1649) y los mellizos Judith y Hamnet, en 1585. El hijo varón falleció con 11 años de edad, el día 11 de agosto del año 1596.

La corta vida de Hamnet dejó pocas huellas. Él y la hermana melliza fueron bautizados el 2 de febrero de 1585; se cree recibieron sus nombres de los padrinos de bautismo, el panadero Hamnet Sadler y la esposa Judith, vecinos y amigos de los Shakespeare.

Cuando el niño tenía cuatro años, su padre ya era un autor popular en Londres, y se piensa que al pequeño lo crió la madre casi en solitario, igual que a las hermanas.

Aseguran fuentes –especializadas en el tema–, que la muerte temprana del niño –nada infrecuente para la época donde la mortalidad infantil era ele-



biografiasyideas.com

William Shakespeare, talento, figura fundamental de la literatura y del proceso que llevó al esplendor el teatro europeo del siglo XVII.

vada: tres de cada 10 niños fallecían por entonces en Inglaterra antes de cumplir los 10 años de edad–, pudo ser casi con total seguridad como consecuencia de la peste bubónica, que causaba estragos en las postrimerías del siglo XVI.

Hasta aquí los datos precisos, y a la vez, asimismo, el comienzo de especulaciones-teorías sobre la posible influencia del triste deceso del hijo en la obra intelectual de su famoso padre. Empezando, además, por el nombre de Hamnet.

Shakespeare no dejó nada escrito que evidenciara a las claras algún comentario sobre la muerte del menor, pero el hecho de que en su testamento llame a su amigo Sadler, Hamlet en vez de Hamnet, dio pie a una primera teoría: la de que *Hamlet* (obra emblemática del dramaturgo, 1599-1601), homenajeara al hijo perdido.

Coincidencia que se piensa puede ser más bien casual, puesto que *La tragedia de Hamlet, Príncipe de Dinamarca* o simplemente *Hamlet*, es una obra que transcurre en Dinamarca, y aborda los acontecimientos posteriores al asesinato del rey Hamlet, padre del

príncipe del mismo nombre a manos de su hermano Claudio, y de la petición del fantasma del rey al hijo para que se vengue de su asesino, lo que se cavila pudiera ser una adaptación de la vieja leyenda escandinava o danesa de Amleth o que Shakespeare utilizara a propósito la historia de este personaje por las reminiscencias fonéticas respecto al nombre de pila de su hijo.

Otros estudiosos defienden de manera general, que hasta la muerte del niño las obras del genial de Stratford eran comedias, mientras que las que compuso después –la ya mencionada *Hamlet*, *Noche de Reyes*, *Julio César*, *El mercader de Venecia*, *Rey Juan*, *Romeo y Julieta*, *La tempestad*, *El rey Lear*– son grandes tragedias, en las que hay padres que pierden hijos.

De cualquier manera, nos hemos apoderado de la vasta obra del Bardo de Avon y la trasladamos a nuestro tiempo, activa, viva. Su contemporaneidad es quizá el rasgo más distintivo de grandeza y universalidad que posee. Las representaciones de sus textos son siempre sucesos históricos que comparten expectativas y frustraciones en tiempo real.

Arte de envenenar

El florecer de las artes-ciencias, química y tóxicos es objeto de estudio, sugerencia de Roberto Guzmán, de Pinar del Río

EL mundo del Renacimiento –amplio movimiento cultural de Europa occidental, durante los siglos XV-XVI–, fue bello, pero también brutal. Asesinatos y conjuras estaban a la orden del día y el veneno se convirtió en arma sofisticada.

El interés por pócimas y el cómo contrarrestarlas, no se circunscribió a magos, alquimistas o brujas. El primer libro de venenos del que se tiene noticia lo escribió un italiano, Pietro d'Abano, que vivió entre los años 1250-1316 y fue profesor de Medicina en la Universidad de Padua –de las más importantes de Italia–, se titulaba *De remedis vene-*

norum. Era una obra científica, detallada, en la que se clasificaban los tóxicos según su origen mineral, vegetal o animal y aclaraba también que se puede uno envenenar no solo consumiendo sustancias tóxicas, sino también a través del aire o la piel.

El libro gozó de mucha popularidad, tuvo 14 ediciones, muestra del interés por la materia. Es dato curioso que a pesar del autor ser profesor, la Iglesia no se fío y lo persiguió por mago.

En el año 1424, un monje, el maestro Santes de Ardoynis, escribe otro libro de venenos, en el que enumeraba los más habituales, con el propósito de referir asi-

mismo, sus efectos y recomendar antídotos. Aparecían citadas plantas venenosas como el acónito, el eléboro, la raíz de mandrágora o la adormidera, y sustancias como la cantaridina, que se obtiene del secado o pulverización de un insecto o elementos químicos como el arsénico, tóxico conocido desde tiempos remotos y que se encuentra en muchos minerales.

Del mismo modo, el famoso médico y alquimista renacentista Paracelso se ocuparía de la materia, ya que su forma de estudiar el cuerpo humano y practicar la medicina estaba basada en la química.

Entonces, al conocimiento científico se unió la actividad clandestina de un mundo en el que magia, alquimia y brujería jugaban un papel relevante. En estos ambientes circulaban pociones mágicas, muchas podían ser inofensivas, como los románticos filtros de amor que proporcionaban alcahuetas: *La Celestina* –obra renacentista–, y servían para desatar la pasión en los enamorados, tal y como refleja el texto del escritor español Fernando de Rojas.

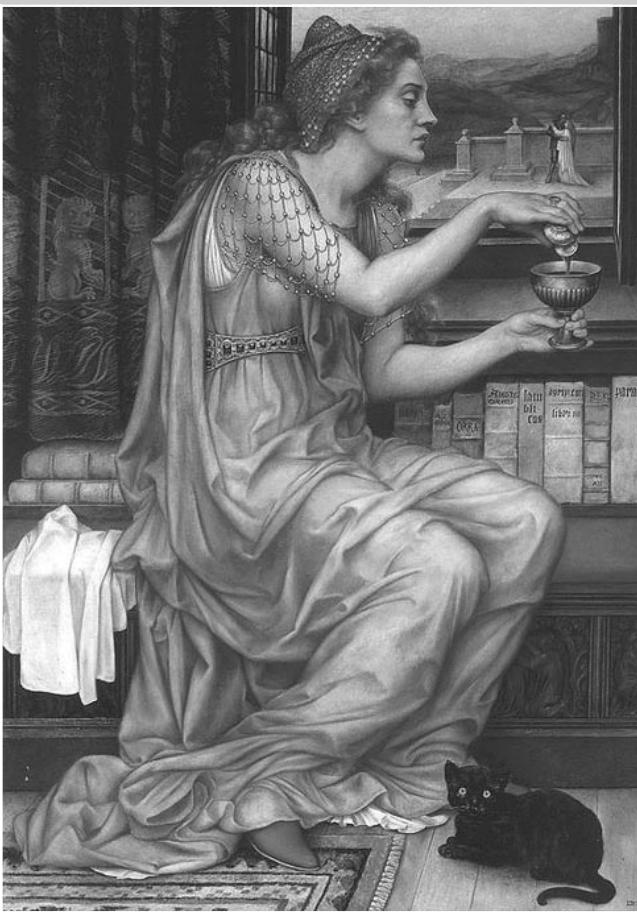
Pero de ahí a elaborar bebedizos letales había solo un paso, y los expertos en estos conocimientos precursores de la química lo daban sin dudar, a voluntad de quienes les pagaran. Así que empezaron a surgir los preparados cada vez más rebuscados.

Aseguran algunas fuentes, que la cumbre del arte de envenenar se logró –por entonces–, con la cantarella, una pócima que se obtenía cuando se mezclaba arsénico con vísceras de cerdo. Hay descripciones de su preparación muy desagradables: se sacrificaba un cerdo, se sacaban las entrañas, las rociaban con arsénico y se colocaban en una vasija de cobre durante 30 lunas y 30 soles, hasta la total putrefacción.

Luego se sacaba la masa podrida y se recogían los líquidos para que pasasen a la etapa de desecación y así lograr la cristalización o una especie de polvo blanquecino parecido al azúcar. Enseguida se guardaba en una cajita de metal, preferiblemente de oro, listo para consumo.

Se le consideraba veneno muy tóxico, que inducía la muerte en más o menos 24 horas, tras atroces tormentos. Fue utilizado como instrumento de asesinato o arma básica en intrigas familiares de ilustres dinastías como los Médici, Borja/Borgia, Orsini, Sforza y Barbarigo. ●

images.fineartamerica.com



Los venenos han sido usados con variados propósitos durante la existencia humana; armas, antiseros y medicamentos.